

Mariano Picón-Salas

## El intelectual y la humana discordia



EN una nota en que me denomina «piloto intelectual» y otras cosas que pueden parecer agradables, comenta mi amigo peruano Luis Alberto Sánchez que yo soy un «temperamento tentado por lo social, pero excesivamente retenido por lo literario y lo histórico». Si sólo se tratara de mí y no fuera el autor de dicha apostilla un tan buen compañero y uno de los claros cerebros entre las nuevas generaciones del Perú, dejaría pasar esos epítetos elogiosos o peyorativos, o bien los devolvería diciendo que Sánchez a veces no limita bien las fronteras de la obra literaria y de la meditación pura del documento de propaganda. Pero el alcance del juicio va más lejos porque acaso se refiere a lo que se nos pide a los escritores y a lo que los escritores podemos dar, en nuestro turbio mundo sudamericano. Por ello y porque el problema tiene proyecciones que rebalsan lo personal, recojo el guante que me tiende desde Lima un tan hábil escritor e inmejorable compañero. Le agradezco que su

crítica motive en mí una reflexión que puede ser útil acerca del alcance y sentido de nuestra obra, en estas tierras no bien desbrozadas.

---

La América Latina—lo he repetido y mostrado en muchos artículos, y por la reiterada corroboración no aspiro al mérito de la profecía—, la América Latina de estos años está viviendo un proceso revolucionario. Que esa revolución que en algunos países ha comenzado y en otros se incuba no nos ofrezca aún soluciones; que todavía no veamos claro en nuestro porvenir, que los impulsos de cambio sean seguidos en nuestros pueblos por movimientos de retroceso, por reacciones y restauraciones, no tiene nada de extraño si se piensa que el tiempo y la dimensión de la historia no es el mismo que el de la vida personal. Tanto o más tiempo medió entre aquellas primeras pelucas enciclopedistas que aparecieron en la América del siglo XVIII, sus papeles, sus libros y sus murmuraciones clandestinas, y la acción ya beligerante y encendida de los Libertadores. Y todavía después de Ayacucho, el Liberalismo que era la forma con que quería vestirse la Revolución, encontró y aun encuentra muchos restauradores del orden antiguo. En 1830, después del progresismo liberal de los Libertadores, desde Bolívar hasta Rivadavia, toda la América era Restauración. Los caudillos civiles y militares de 1830—Portales, en Chile; Rozas, en la Argentina—realizaban una contrarrevolución. Cualquiera

de estos ejemplos señala la lentitud aparente (aparente en relación con el individuo que contempla), de los movimientos históricos.

Pero sólo el Dr. Pangloss o el optimista obligatorio podría negar esta levadura de Revolución que desde hace años fermenta en nuestros tradicionalmente dormidos pueblos hispano-indios. Y ocurre el hecho paradójico de que por el mismo silencio y cerrazón de nuestra anterior vida colectiva, ahora parecen abrirse todas las ventanas y nos satura y penetra por todas partes un enrarecido clima de ventisca. Hasta señalaría como ejemplo de eso que está ocurriendo la circunstancia de que mi amigo Luis Alberto Sánchez que antes fué cumplido catedrático e historiador de la Literatura, crítico e intérprete de toda fineza literaria, ahora actúe y combata en la primera línea de fuego de la política activa. Ello está muy bien porque nada de lo humano debe ser extraño al escritor, siempre que se piense que más allá de nuestro dogma pueden existir otras posiciones. Sería peligroso mirar todas las zonas de la Conciencia desde una exclusiva visual. Y me pareció—quizás sólo sea prejuicio o quisquillosidad mía—, que Luis Alberto Sánchez, el biógrafo de «Don Manuel» y diestro crítico y ensayista, ahora está mirando la Literatura con excesivo calor político, o que no siempre se aleja del tumulto de la calle cuando escribe sus últimas páginas de prosa.

---

¿Cuál es el papel del hombre que piensa y escribe frente a este desatado bullicio? El conservador o tradicionalista querrá evadir la circunstancia y aislarse en sus ideas adquiridas como bajo una campana neumática que no permite colarse al tiempo. Como contraste, el revolucionario a la moda nos invitará a vociferar con la multitud y pedir con ella la Luna, cuando esta fué la consigna del día. En países como los nuestros donde la existencia nacional no se afirma sobre un sólido subsuelo de Cultura, Tradición o Historia, conocemos estos estados de alma colectiva que nos conducen de la inercia, la depresión y la frigidez al extremo contrario del delirio. Y el alma de la multitud adora hoy lo que quemó ayer, o a la inversa. El peligro de pueblos así, es que no lleguen propiamente a la Revolución que a la postre es una meta, un camino trazado, sino que se desangren y se pierdan en el inorgánico tumulto de la sublevación. Y vale la pena pensar, si entre los dos caminos: el del reaccionario que se quedó mirando hacia atrás como la familia de Lot—los primeros fabricantes de salmuera—, y el del agitador que se abalanza como el toro ante el trapo rojo, no es posible la coyuntura de una tercera y más justa posición: la del que busca una perspectiva y anhela extraer del fugitivo instante la más permanente enseñanza. Acaso el ejemplo más revelador, y para mí casi monstruoso, del papel del intelectual en la discordia de los hombres es el de Descartes que al regreso de la terrible guerra alemana se encerraba a pensar sobre el destino eterno;

y de la soledad que le dejaron sus años de nomadismo iba destilando en su caverna invernal, el «Discurso del método». O es otro ejemplo más decidor el de San Agustín que cuando veía morir la cultura antigua, trazaba el cuadro de un nuevo orden espiritual, esa esperanza en medio de la desolación colectiva, que se llamó la «Ciudad de Dios».

En apariencia esta posición puede juzgarse cómoda, pero es que yo descuento la dosis de antipatía e impopularidad que arrastra el valor de ser sereno; de situar más allá del ofuscado primer término, una perspectiva. Aquí donde las ideas se llevan por estaciones como las corbatas; donde la Política suele ser un arte de usuales trapacerías y desprovisto por lo tanto, de toda Metafísica, acaso esta tendencia a decir las verdades de uno; las que no se cotizan en el Comercio y no son voceadas por ninguna demagogia, es la manera más eficaz de captarse enemigos. (Luis Alberto Sánchez nos enseñó qué fué la apostura y el valor de González Prada en un Perú sordo, todavía colonial, petrificado en la superstición y en el prejuicio). Y precisamente todo movimiento histórico se realiza en estos dos polos del avance y de la rectificación: la Libertad es necesaria no para que cada cual haga lo que le venga en gana como supone cierto liberalismo rapaz, sino para que el grupo social, el pueblo o la Historia considerados hegelianamente, encuentren su verdadero eje. Uniformar el pensamiento para servir a Dios como lo hicieron los inquisidores de la Contrareforma o para servir a la Re-

volución como lo hacen los bolcheviques y la obcecada Alemania nacistá, es una manera de esterilizar la vida. Freud o Yung nos enseñarían que el subconciente se colma así de obturados deseos, de pasiones que no encontraron cauce y vendrán a golpear tormentosamente contra el molo de la conciencia. Lo que pudo ser asimilado o integrado en la persona y el grupo, ahora se torna en destructora voluntad demoníaca. No en balde Hegel nos enseñó que la Vida y la Historia se realizan en armonía de contrarios; y en los movimientos históricos nunca triunfó la tesis, es decir, la simple construcción doctrinaria, sino la síntesis o la idea que se acomodó a la vida.

El pensamiento considerado de esta manera no es ya la ciega obsesión del ideólogo sino reactivo vital; él permite que el hombre supere el mito diario y se proyecte más allá de las voces de la calle. Si no ocurriera así, se habría interrumpido la circulación de la Cultura; caeríamos en ese destino faraónico que fué el de los pueblos donde el individuo se perdió en la masa, y donde el pensamiento oficial—como en Bizancio—apagó todo acento diferenciado, toda voz individual.

---

En la amable apostilla que Sánchez me dedica aquellas palabras «lo literario y lo histórico», se encajan con su pimienta de reproche. Sánchez habla de «mi estilismo» y quisiera buscar en mí más inquietud a la moda y mayor ardor polémico. Pero, ¿no habíamos

distinguido ya, amigo mío, la obra del escritor de la del agitador circunstancial, nutrido por el instante? ¿O es que el Sánchez crítico también quiere servir a esta moda que nos aconseja no demarcar ya bien la frontera de las obras y los géneros; hacer política hasta en el simple grito y la expresión emocional, y reducir nuestra ideología a descarnados esquemas donde toda idea se entrega al uso y al tráfico común? No me parece mal para una acción política de masas esta simplicidad catequística. Pero cuando de la plaza pública o del núcleo de agitación se lleva esta tendencia al libro o a la obra de arte, corremos el albur de confundir todos los valores. Una demagogia primaria está produciendo así en nuestros pueblos obras triviales, ofuscadas e inconsistentes, destinadas a morir con la pasión del día. Se quiere llegar a la Cultura por el camino más fácil, y todo esfuerzo personal, toda tentativa creadora, se pone al servicio de determinada propaganda política. Cuando un poeta toma las frases de los manifiestos o las proclamas de los agitadores para meterlas en su Poesía, acaso traiciona a las Musas y a la Política. La Cultura exige formas diferenciadas; organización, demarcación. De lo contrario no habríamos salido del Caos primitivo, de la terrible confusión y el miedo salvaje. Comprimir el Arte o el pensamiento en el molde de un dogma, es negar las otras dimensiones del mundo; es ofrecer la vida como un vano telón de sombras. Tenía en mis manos, hace pocos días, dos trabajos habilidosos de estos que el cerrado fervor y el her-

metismo de una doctrina impulsa a hacer a algunos intelectuales criollos; era el primero un trabajo mexicano sobre la conquista de México y la personalidad de Hernán Cortés, donde el intérprete vertió para el juicio de aquella época lejana todas sus frescas lecturas de Bujarín y de los exégetas comunistas; el segundo, un estudio sobre la Independencia de Chile, escrito, también a la mayor gloria y honor del Marxismo. Y ambos estudios muy hábiles, les faltaba por esa sumisión a la teoría preconcebida, por el exclusivo ánimo de alegato con que fueron escritos, algo invaluable: los hechos se sumaban unos a otros como en una terrible fatalidad matemática; no sabíamos para que habían existido entonces el hombre Cortés o los hombres que realizaron la independencia de Chile; y todo se tornaba mecánico y sin vida, como si el drama de las cosas ahogara el drama de los hombres. Porque por sobre la visión marxista, católica o liberal que se haga de Hernán Cortés o de los héroes de Chile, subsiste lo arbitrario, misterioso y único que constituye una existencia humana. (Así como el intelectual mexicano tomó a Marx como cuño de su visión histórica, otros podrían interpretar la misma época partiendo de conceptos diametralmente distintos. Siempre quedará una ancha zona de realidad, una «terra incognita» no limitada ni ceñida).

Si queremos, pues, un pensamiento y un arte original en las tierras nuestras, dejemos que el individuo exprese el mundo como le venga en gana; llegue a la realidad —y a mi amigo Sánchez le interesa mucho la «reali-

dad»—, por aquel ángulo, por aquella ruta que le parezca más accesible. Así el reproche de forma que me hacía Sánchez al hablar de lo «literario» en mí y de mi estilismo, quedaría desvanecido.

Cuando Sánchez menciona—con su poquito de intención política—mi pasión histórica, se deja también conducir por ese mal consejero que se llama el racionalismo dogmático. Acaso algunos puntos de mi crítica—cuando yo he hecho crítica—, no ensamblaban completamente con la visión de nuestra realidad que él se había forjado; y achacó a uno como romanticismo histórico que me sería peculiar, el origen de las pequeñas divergencias. En efecto, creo que no puede realizarse ninguna creación política y social si ella no se injerta en el factor histórico. Las ideas que elabora el individuo o el grupo político pueden ser perfectas y ajustarse a la Lógica más rigurosa, pero sólo tienen eficacia práctica cuando se pliegan o asimilan a una realidad existente. El hombre no puede ser Dios, es decir no puede crear solamente con la palabra. La creación humana no parte de la Nada como asegura la Teología que partió la creación de Dios, sino de lo que ya existe, de eso que se nos impone a pesar de nosotros y que se llama la Historia. Hemos perdido aquel optimismo en la Razón universal; en que el Mundo había de plegarse a las luces de la Filosofía, que fué el presuntuoso sueño de los hombres de la «Ilustración», del Racionalismo diez y ochesco. Y el lado más peligroso de nuestra acción y nuestro pensamiento criollo es el olvido de esa

realidad concreta: cierto ofuscado «nominalismo»—para llamarlo con su etiqueta medioeval—que supone que basta el nombre y la palabra para crear la cosa. Así nuestra Cultura y nuestra Política se colmaba de rótulos sin contenido. Pasaron por nuestro escenario histórico doctrinas y teorías, sistemas venidos de Ultramar, que apenas motivaban la cháchara de los políticos e innovaban en el lenguaje administrativo. Y por ello, con mucha justeza, Luis Alberto Sánchez en unas conferencias que nos dió en Santiago de Chile, en 1930, quería partir de su viejo Perú, desde los Incas hasta el gamonalismo de la Sierra, pasando por los frailes, los corregidores y los caudillos, para fijar el destino y hasta la profesía de su pueblo. En el historicismo suyo quiero ampararme, por si en mis escritos encontré mucho tiempo pasado, mucha emoción de Historia. Y cerrando estos distingos quiero pensar como más allá de las divergencias de forma y de partido (divergencias inevitables porque ninguna forma ni ningún partido puede ceñir todo el complejo mundo), siempre los hombres de una misma generación terminan por encontrarse en la labor común. Con este ánimo, Sánchez y yo nos cruzamos tan cordiales reparos. Y es que por sobre toda diferencia se nos impone un destino de época y de latitud histórica, una concordancia final en el revolucionario tiempo americano que ahora vivimos.